

## CLEOPATRA: MITOS LITERARIOS E HISTORIOGRÁFICOS EN TORNO A UNA REINA

### *Cleopatra: Literaty and historiographical myths about a queen*

Rosa María CID LÓPEZ  
*Universidad de Oviedo*

BIBLID [0213-2052 (2000) 18, 119-137]

RESUMEN: Desde el mismo momento de su muerte, Cleopatra, la última reina del Egipto ptolemaico, se convirtió en un mito del poder femenino y de la pasión amorosa. Esta mujer que gobernó sola, se relacionó con hombres como César o Marco Antonio y fue vencida por Octavio-Augusto, interesó a los historiadores, pero aún más a los autores literarios, e incluso cineastas.

A pesar de que Cleopatra haya sido objeto de constantes recreaciones literarias, y en general artísticas, su biografía ha sido víctima de constantes deformaciones, que se detectan también en las investigaciones históricas, supuestamente más rigurosas en la interpretación de los acontecimientos.

Por ello, en este texto, se pretende analizar la vida de esta mujer como gobernante y última representante de la dinastía ptolemaica, que luchó para transmitir el reino a su legítimo heredero, Cesarión. En la reelaboración de la vida de esta reina se resaltarán los prejuicios que han impregnado la obra de los historiadores y no sólo de los artistas.

*Palabras Clave:* Cleopatra, Egipto ptolemaico, Marco Antonio, reina, poder femenino, novela histórica.

ABSTRACT: From the very moment of her death, Cleopatra, the last queen of Ptolemaic Egypt, became a myth of feminine power and passionate love. This woman, who governed a territory by herself, was in touch with men such as Caesar

and Mark Antony, and was beaten by Octavian-Augustus, has always been very interesting for historians, but even more for literary artists and also for film makers.

Despite the fact that Cleopatra has been the object of an enormous amount of literary revisions, and in general of artistic revisions of all kinds, her biography has been the victim of ongoing deformations which can also be detected in the historical studies that have been done on her, in spite of the assumption that they are more accurate in their interpretation of facts.

Taking all that into account, in this paper we will analyse this woman's life as a ruler and as the last representative of the Ptolemaic Dynasty who fought to bequeath her queendon to her legitimate heir, Caesarion. In the reelaboration of this queen's life, we will point out the prejudices that have impregnated many historians' studies, as well as some artists' works.

*Key Words:* Cleopatra, ptolemaic Egypt, Mark Antony, queen, feminine power, historical novel.

En el año 30 a.d.C. ponía fin a su vida, y de una manera bastante teatral, Cleopatra VII, la última reina de Egipto. La elección del suicidio y los propios avatares de su existencia convirtieron a esta singular mujer en un mito que se ha mantenido vivo hasta el presente<sup>1</sup>. Sin menosprecio del interés suscitado entre los historiadores, han sido sobre todo poetas, dramaturgos, novelistas, pintores, músicos y cineastas quienes han evocado la figura de Cleopatra, elaborando un modelo femenino con frecuencia muy alejado del personaje histórico.

Ciertamente, se tiende a identificar a Cleopatra con una mujer extraordinaria; no en vano representa al personaje femenino más famoso de la Antigüedad. En general, se subraya su deslumbrante belleza y atractivo físico, acompañados de un encanto personal y una notoria sensualidad. Aunque se le atribuyen inteligencia, cultura y poder, también se la describe como astuta, ambiciosa o manipuladora, e incluso engañadora y perversa. En demasiadas ocasiones, se la presenta como mujer fatal, amiga de orgías y entregada al placer. Con tales atributos, Cleopatra ha sido ante todo la reina exótica por excelencia, en concordancia con su origen oriental.

La biografía de esta reina se reconstruye a partir de la relación amorosa que mantuvo con César y Marco Antonio. Por la influencia de ambos personajes como amantes suyos —su matrimonio con Marco Antonio nunca fue reconocido en Roma— Cleopatra se transformó en un mito femenino de la pasión amorosa, y se ha tendido a soslayar que tales uniones respondieron a razones políticas y estratégicas, encaminadas a preservar la independencia del Egipto ptolemaico que ella gobernaba.

1. Sobre el mito de Cleopatra a través de la historia, *vid.* el extraordinario trabajo de L. HUGHES-HALLETT: *Cleopatra, Histories, Dreams and Distortions*. Nueva York, 1990.

## 1. MITOS Y LEYENDA EN TORNO A CLEOPATRA

En realidad, la imagen de Cleopatra imperante a lo largo de la historia, sólo parcialmente se inspira en la vida real de la última reina egipcia; de ahí la afirmación, no exagerada, de que fue *el personaje histórico más adulterado de la Antigüedad*<sup>2</sup>. Probablemente, el punto de partida de la leyenda y mito de esta mujer ha de situarse en W. Shakespeare y su conocida tragedia *Marco Antonio y Cleopatra* (estrenada en 1607), para cuya elaboración se sirvió de las noticias de Plutarco; este último historiador griego y cuya obra data del siglo II da la impresión, a veces, de referirse más a una prostituta que a una reina cuando narra su vida junto a César y Marco Antonio<sup>3</sup>. De ahí que el autor inglés nos presente a una Cleopatra como mujer que provoca pasiones insaciables, incluso demoníaca, y a un Marco Antonio trastornado por una cortesana o meretriz<sup>4</sup>.

El genial dramaturgo nos legó imágenes intemporales de personajes extraordinarios, de la pasión amorosa y sus consecuencias cuando se mezclan con el poder, y de ahí surgieron múltiples recreaciones literarias y cinematográficas. De estas últimas, destaca el caso de Mankiewicz y su genial *Cleopatra*, estrenada en 1963, entre el gran número de cineastas que se han preocupado de la legendaria reina egipcia<sup>5</sup>. Sin duda, ella representa al personaje femenino de la Antigüedad que inspiró más películas, un número muy notable pertenecientes al cine mudo, como la realizada en 1899 por G. Melies. En este sentido, ha de añadirse que las actrices elegidas para protagonizar a Cleopatra, solían ser mujeres cuya vida se suponía que guardaba paralelismos con la de la reina, por su belleza exótica, actitudes libertinas y exhibición de aventuras amorosas.

Posiblemente Shakespeare en la literatura y Mankiewicz en el cine produjeron los modelos de Cleopatra más conocidos, perdurables y de mayor influencia, pero no fueron los únicos<sup>6</sup>. Como mujer bella, sensual y poderosa, el personaje de la reina

2. Vid. M. GRANT: *Cleopatra*. Nueva York, 1992 (Reimpr. de 1972) pp. 233-238, quien añade otros juicios significativos que han favorecido la distorsión del personaje de Cleopatra.

3. A propósito de la Cleopatra creada por W. Shakespeare y otros autores literarios, sobresale la interesante obra dirigida por H. BLOOM (ed.): *Cleopatra*. Nueva York, 1990. Vid. también, P. M. MARTIN: *Antoine et Cléopâtre. La fin d'un rêve*. París, 1990, p. 256 y E. FLAMARION: *Cleopatra, el mito y la realidad*. Barcelona, 1998, pp. 143-145, quien subraya la visión shakesperiana de una reina «astuta e inteligente».

4. Vid. la traducción de E. LLOVET de la obra de W. SHAKESPEARE: *Antonio y Cleopatra*. Madrid, 1980.

5. Respecto a las recreaciones cinematográficas del personaje de Cleopatra vid. la interesante aportación en esta misma revista de A. PRIETO: «Cleopatra en la ficción: el cine». Vid. también A. COMAS: *Casablanca. Cleopatra*. Barcelona, 1995, pp. 130-136 para el caso de Mankiewicz; G. A. SMITH: *Epic Films. Casts, Credits and Commentary on over 250 Historical Spectacle Movies*. Carolina del Norte, 1991 y R. DE ESPAÑA: *El Peplum. La antigüedad en el cine*. Barcelona, 1998, sobre la lista de películas inspiradas en la reina egipcia.

6. Vid. L. HUGHES-HALLETT y P. M. MARTIN: *op. cit.*, pp. 256-259. E. FLAMARION: *op. cit.*, pp. 114-151, proporciona una interesante selección de textos que ilustran sobre la visión de Cleopatra a lo largo de la Historia, desde la época antigua a la actualidad.

egipcia impregna también la historia de la pintura; las escenas más repetidas son las de Cleopatra, lujosamente engalanada en suntuosos banquetes, acompañada de Marco Antonio o de su enemigo Octavio, además de recrear su espectacular suicidio.

No obstante, los autores literarios han sido los más interesados en el mito de Cleopatra, e incluso se ha llegado a decir que es posible detectar la imagen cambiante que se ha tenido de las mujeres a lo largo de la historia a partir de las creaciones literarias en torno a la reina egipcia; si bien, ha de reconocerse que ha predominado claramente la visión de la reina egipcia como mujer apasionada. Por citar unos breves ejemplos, en la época medieval Dante y Bocaccio ya imaginaban a una Cleopatra sensual, lo que hicieron otros muchos literatos posteriores, como Corneille, Pushkin o el español Zorrilla. En 1838, y en la misma línea, Gauthier continuaba imaginando a una mujer promiscua y amoral, mientras que más tarde Bernard Shaw recreaba a una joven estúpida e ingenua. En los casos de Anatole France o Terenci Moix, aunque ambos la tratan con benevolencia, continúan evocando una Cleopatra que sintió un intenso amor por Marco Antonio<sup>7</sup>. Como obra reciente y publicada en 1993, la de J. Eslava Galán ha contribuido al mantenimiento de tal estereotipo de la reina en su obra, *Cleopatra. La serpiente del Nilo*. Por último, la novela de aventuras también acabó asociándose a la sensual Cleopatra, como revela la obra de Rider Haggard de 1899<sup>8</sup>.

La lista se completa con las numerosas publicaciones de este siglo, más próximas a la novela histórica que a los trabajos de investigación, en las que se indaga en la psicología del personaje femenino como hace Ludwig, quien retrata a una mujer apasionada, inteligente y agresiva, que se guiaba sobre todo por sus sentimientos; otros como Bostock insisten en su falta de autocontrol a la hora de recrear una biografía narrada por la misma Cleopatra, la reina exótica y enigmática que quiso unir la pasión y la política. Pero también aparecen los relatos en los que ante todo figura una reina, con todo lo que ello comporta, como cuenta Bradford, para quien esta mujer se había volcado en la defensa contra Roma; por último, para Peyramaure

7. Curiosamente, fue G. Chaucer, autor del siglo XIV, uno de los pocos literatos que destacó las virtudes de Cleopatra como reina. En general, han predominado visiones como las de Bocaccio, quien la imagina «*avara y crueb*», mientras que P. Corneille en el siglo XVII la identifica con una «*heroína ambiciosa*» y generosa. Para A. PUSKHIN fue una «*mujer devoradora de hombres*» y con carácter voluptuoso figura en *Une nuit avec Cléopâtre* de Th. Gauthier, publicada en 1838. Respecto a G. B. SHAW, *vid.*, *Three Plays for Puritans (The Devil's Disciple, Caesar and Cleopatra, Captain Brassbound's Conversion)*. Harmondsworth, 1946 (1ª. ed., 1901) y en el caso de Terenci Moix, me refiero concretamente a su novela *No digas que fue un sueño*. Barcelona, 1997 (1ª. ed., 1986). Sobre estos autores y obras, *vid.* especialmente H. BLOOM: *op. cit.* y E. FLAMARION: *op. cit.*, pp. 126-147.

8. En la versión de Haggard, se presenta a una «*mujer enigmática y perversa, ególatra que arrastra a egipcios y romanos*», según R. OLMOS: «Hacia la Cleopatra de Rider Haggard, el viejo debate entre la historia y la ficción», *Revista de Arqueología*, 1993, 152, pp. 44-55 (especialmente la p. 45) y 1994, 153, pp. 46. 55.

la bella, poderosa e inteligente ptolemaica fue una mujer única, que quiso unir Egipto y Roma, por no citar más que algunas novelas y autores representativos<sup>9</sup>.

Como datos curiosos, cabe señalar que Goffrey Chaucer, ya en el siglo XIV, pretendió resaltar las virtudes de Cleopatra como gobernante y, tiempo después, Gautier de Costes, en el año 1616, resaltaba la parcialidad de los autores antiguos a la hora de tratar al personaje histórico. Para finalizar, ni siquiera falta la visión de una Cleopatra feminista, como pretendió hacernos creer F. Xénaquis en *Mouché-toi*, quien concibió una Cleopatra enérgica y empeñada en cambiar el rumbo de la historia<sup>10</sup>.

En general y a pesar de sus evidentes limitaciones, de la Cleopatra literaria, y también cinematográfica, se pueden extraer rasgos de lo que fue la reina histórica y que precisamente provocaron la enorme atracción por el personaje. Es decir, una mujer que ejerció un gran poder porque gobernó por sí sola un reino y lo hizo con dificultades; utilizó y se enfrentó a políticos y militares romanos, los hombres más poderosos de su tiempo; aspiró a dominar el mundo junto a estos hombres; se empeñó en mostrar el futuro control del Mediterráneo como una oriental y fracasó; retó al hombre que acabó dominando un Imperio y el propio país de la reina, y en este empeño, acabó perdiendo el reino y su propia vida. Por último, fue vencida y el vencedor, Octavio-Augusto, presentó a Cleopatra como la feroz y terrible enemiga de los romanos, como en su tiempo lo había sido Aníbal<sup>11</sup>.

El enfrentamiento con el creador del Principado, es precisamente el dato que más ha interesado a los historiadores, quienes han estudiado a Cleopatra no como reina egipcia, sino como la gobernante extranjera que cuestionó el poder de Roma en Oriente. Al mostrar tales actitudes, los investigadores no hacen más que reproducir las propias de los romanos de la época, quienes se encargaron de elaborar esa biografía distorsionada de la gobernante egipcia para justificar el dominio de Roma en el Egipto ptolemaico.

En efecto, si algo caracteriza la información legada por los autores antiguos sobre Cleopatra es su actitud hostil, lo que parece evidenciar el temor que, aún muerta, seguía inspirando<sup>12</sup>. También ha de señalarse que las noticias sobre la bio-

9. En general, estos autores no olvidan a la Cleopatra-reina, pero insisten también en su papel de amante. Según W. BOSTOCK: *I, Cleopatra*. Nueva York, 1977, fue «una reina exótica y enigmática que mezcló la política y la pasión». Con clara admiración hacia el personaje, M. PEYRAMAURE en *Cleopatra, reina del Nilo*. Barcelona, 1972 afirma que «belleza, inteligencia y poder (se unieron) en una mujer única en la historia que luchó y murió por el sueño imposible de unir Egipto y Roma». Vid. también E. BRADFORD: *Cleopatra*. Barcelona, 1995 (traducción de la ed. inglesa de 1972), E. LUDWIG: *Cleopatra*. Barcelona, 1937 y O. WERTHEIMER: *Cleopatra*. Barcelona, 1984 (1ª. ed. en alemán, 1932).

10. Sobre estos autores vid. E. FLAMARION: *op. cit.*, pp. 119 y 145-147, quien añade que esta novela de Xénaquis se publicó en 1986.

11. Vid. W. TARN - M. P. CHARLESWORTH: *Octavian, Antony and Cleopatra*. Londres, 1965, p. 139.

12. A pesar de su escasa simpatía hacia la reina egipcia, R. SYME en *La Revolución romana*, Madrid, 1989 (1ª. ed. Oxford, 1939), p. 342 llega a afirmar que la versión de los vencedores sobre su vida es verdaderamente «*fraudulenta*».

grafía de esta reina son más escasas de lo que pudiera pensarse y los calificativos que le dedican están impregnadas de una clara animadversión hacia el personaje. Con frecuencia se la llama *meretriz* o *cortesana*, cuyos actos la convirtieron en «*la vergüenza del Nilo, la fatal Erinia del Lacio, impúdica para desgracia de Roma*», además de poseer «*una funesta y lasciva belleza*»<sup>13</sup>. Intencionadamente se exageran los episodios que puedan revelar su afán por ejercer el dominio de Roma a través de César y Marco Antonio.

La hostilidad de la literatura grecorromana ante Cleopatra se revela, por ejemplo, en Cicerón, quien como republicano y defensor de las viejas tradiciones de Occidente no podía aceptar el estilo oriental y la concepción del poder dinástico del Egipto ptolemaico. Pero, más abiertamente, el odio a Cleopatra se percibe en el círculo de poetas e historiadores de Augusto, como revelan de forma elocuente los juicios despectivos de Horacio y Virgilio, entre otros. También nos encontramos a otros enemigos como Flavio Josefo, defensor de la causa judía y que ataca a Cleopatra por su enemistad con la dinastía de Judea. Similares actitudes se detectan en autores posteriores como Apiano, Suetonio o Plinio, claros defensores del orden romano. Algunos fueron incapaces de transmitirnos una verdad a la que debieron tener difícil acceso como ocurrió con Plutarco o Dión Casio; éstos son los únicos que parecen prescindir de los prejuicios presentes en la época de Augusto, pero en su retrato de la reina continúan recreándose en sus relaciones amorosas, especialmente en las mantenidas con Marco Antonio, y su origen extranjero. Precisamente de Plutarco proceden la mayor parte de los datos con los que se reconstruye la biografía de la reina, dada su presencia en las *Vidas* de César y, en especial, de Marco Antonio<sup>14</sup>.

Aunque las actitudes de los autores grecorromanos pueden entenderse en el contexto de la época, resulta llamativo que en la historiografía actual se hayan utilizado de manera acrítica sus informaciones para reconstruir la época y la vida de Cleopatra. El personaje ha interesado a gran número de investigadores muy tempranamente, pues la primera biografía histórica procede de 1864 y los estudios se

13. Lucano, *Farsalia*, X, 62, 105 y 136. *Vid.* la introducción y traducción a esta obra de A. Holgado Redondo, editada en Barcelona, 1984.

14. Su procedencia oriental es resaltada por Dión Casio, XLVIII, 27, 1. *Vid.* la traducción de E. CARY: *Dio's Roman History*. vols. IV-V. ed. Loeb, Harvard, 1969. Sobre la imagen de la reina en la literatura de la época de Augusto, *vid.* M. WYKE: «Augustan Cleopatra's: Female Power and Poetic Authority» en A. POWELL: *Roman Poetry in the Age of Augustus*. Londres, 1992, pp. 98-140 y R. Syme, *op. cit.*, p. 277. Para el caso específico de la imagen dada por Virgilio, *vid.* J. LINDSAY: *Cleopatra*. Nueva York, 1971, pp. 201-239.

15. A. STAHR publicó su cleopatra en 1864 y poco tiempo después, aparecieron la de H. GREVILLE (1886) y la de A. WEIGALL (*The Life and Times of Cleopatra*. Londres, 1914). Entre los historiadores actuales, han tenido gran repercusión las biografías de H. VOLKMANN: *Cleopatra: A Study in Politics and Propaganda*. Nueva York, 1958 y J. BRAMBACH: *Kleopatra und ihre Zeit: Legende und Wirklichkeit*. Munich, 1991. Sobre éstas y otras publicaciones posteriores, *vid.* M. GRANT: *Cleopatra...*, pp. 233-238.

generalizaron en las universidades europeas a lo largo de esta centuria<sup>15</sup>. En general y salvo excepciones, se ha tendido a proporcionar una visión de la reina muy ceñida a la imagen dada por la literatura antigua, es decir, impregnada de los mismos prejuicios y que refuerza la imagen de una Cleopatra como gobernante ambiciosa y mujer apasionada.

De tal actitud se encuentran múltiples ejemplos, entre los que sobresale el de R. Syme; así, en su obra *La Revolución romana*, el prestigioso profesor de Oxford no duda en identificar a Cleopatra con una *mujer astuta y seductora*, adjudicándole numerosos amantes, que identifica con reyes de Oriente; hecho que no puede probarse en ninguna fuente<sup>16</sup>. Otros como A. Bouché-Leclercq la tildan de *comediante y cortesana que brilla a costa de las mujeres decentes*<sup>17</sup>. Más comedidos en sus juicios, W. Tarn y M. P. Charlesworth consideran que «*la reina estaba dotada con el encanto propio de una mujer y el cerebro de un hombre (...) y aspiraba al poder*»; tales afirmaciones convierten a Tarn en uno de los historiadores conocidos por su defensa de la reina oriental<sup>18</sup>.

Parece que ni los propios historiadores, que deberían regirse por criterios más rigurosos, han sido capaces de sustraerse a los evidentes prejuicios de los autores antiguos. Con sus investigaciones históricas han contribuido, y de manera muy eficaz, a mantener la imagen distorsionada del personaje, tal y como había sido creado en el pasado. En el fondo, ello quizá se deba a su defensa de un orden patriarcal, para lo cual les resultaba útil resaltar las desventajas del poder femenino, asociado a los excesos, las pasiones o la falta de autocontrol. Pero tampoco conviene olvidar que Cleopatra representa el exotismo oriental, sobre el que triunfan las recias tradiciones de Occidente.

Tales planteamientos históricos se han defendido hasta hace poco tiempo pero, por fortuna, han comenzado a publicarse obras como las de Michael Grant para mostrar de qué modo los prejuicios del presente determinan las interpretaciones sobre los hechos del pasado<sup>19</sup>. La superioridad de Occidente frente a Oriente e incluso la oposición entre lo masculino y lo femenino acaban siendo los elementos fundamentales en la lucha final entre Cleopatra, la egipcia, y Octavio, el romano. En este sentido, ha de señalarse que la propia novela histórica ha buscado una aproximación a la Cleopatra real, viéndola ante todo como una reina egipcia; magistralmente, lo ha hecho M. George en sus *Memorias de Cleopatra*, a quien se le puede perdonar la invención de ciertos datos, excusables por motivos literarios<sup>20</sup>.

16. R. SYME, *op. cit.*, p. 276.

17. *Vid.* A. BOUCHE-LECLERQ: *Histoire des Lagides*. París, 1903-07. La cita es recogida por E. FLAMARION: *op. cit.*, p. 118.

18. *Vid.* W. TARN - M. P. CHARLESWORTH: *op. cit.*, pp. 45-46, quienes añaden que Cleopatra no conocía las convenciones, carecía de escrúpulos y sentido de la moral, sobresaliendo por su ambición.

19. M. GRANT: *Cleopatra...*, p. XVIII.

20. *Vid.* M. GEORGE: *Memorias de Cleopatra*. Barcelona, 1997.

Gracias a estas y otras recientes publicaciones, se han podido descubrir actitudes desconocidas de la reina Cleopatra. Por ejemplo, su papel como madre, a la que preocupaba obsesivamente el futuro de sus hijos y desde su mismo nacimiento. A la vez, se destaca su labor política, pues por encima de las anécdotas amorosas que han contribuido a forjar esa imagen frívola y superficial, Cleopatra actuó como una reina de Egipto<sup>21</sup>. Si puede afirmarse que exhibió una vida lujosa, lo hizo porque era lo que convenía a la dignidad de una reina oriental y ptolemaica. Tal comportamiento dista mucho de esas Cleopatras ambiciosas, sensuales, caprichosas, en suma las de una mujer que veló por su dirigir su vida sin pensar en las consecuencias para su pueblo y familia.

Un acercamiento a episodios fundamentales de la vida de esta mujer, que nació en el año 69 a. d.C. y murió en el 30 a. d.C., nos permiten contemplar a una reina que reflexionaba y calculaba detenidamente la toma de sus decisiones, teniendo en cuenta siempre el interés de su reino y el de sus hijos. El desarrollo de su vida y la elección de su propia muerte serán las pruebas más elocuentes.

## 2. LA CIUDAD DE ALEJANDRÍA

La vida de Cleopatra está íntimamente ligada a la ciudad en la que nació, Alejandría, capital del reino creado por la dinastía ptolemaica<sup>22</sup>. Desde su fundación en el año 331 por Alejandro Magno, que le dio nombre, este enclave de la costa egipcia fue uno de los más importantes de todo el Mediterráneo. La ciudad disponía de bellos y lujosos edificios de mármol blanco que recorrían la gran avenida —la llamada *Vía Canópica*, de 300 metros de ancho y 5 kilómetros de largo—; contaba con el conocido faro, la famosa biblioteca y el museo —lugar en el que los eruditos y científicos de la época trabajaban para sus reyes—, el mausoleo de Alejandro, suntuosos templos y hermosos jardines. Era una comunidad culta y cosmopolita, donde convivían griegos, egipcios y orientales, y que atrapaba a los visitantes.

Alejandría simbolizaba el lujo y riqueza del reino. Sus gobernantes, y en concreto Cleopatra, se impregnaron del espíritu alejandrino, que mezclaba lo mejor de las expresiones culturales de Oriente y Grecia. No hay duda de que esta ciudad fue amada por la reina y por los principales romanos con los que se relacionó. Aquí se desarrollaron principalmente las primeras etapas de su vida, sin apenas trasladarse al resto del reino, sobre todo a la zona de las pirámides de los antiguos faraones.

21. Tal y como afirma S. POMEROY: *Women in Hellenistic Egypt from Alexander to Cleopatra*. Nueva York, 1989 (1ª. ed., Detroit, 1984) p. 28. No obstante, G. MACURDY en *Hellenistic Queens. A Study of Women-Power in Macedonia, Seleucid Syria and Ptolemaic Egypt*. Baltimore, 1936, p. 207 y un gran número de investigadores suelen admitir que Cleopatra ante todo quería ser dueña de Oriente y del Imperio romano como madre de Cesarión y esposa de Antonio.

22. Sobre Alejandría como modelo de ciudad helenística, *vid.*, entre otros, W. TARN - G. T. GRIFFITH: *La civilización helenística*. Méjico, 1982, pp. 138-139 y Ch. FREEMAN: *Egypt, Greece and Rome. Civilizations of the Ancient Mediterranean*. 1996, pp. 277-278.



Estos años los dedicó a prepararse como una ejemplar descendiente de los Ptolomeos. Por entonces, estudió y procuró familiarizarse con los asuntos de gobierno, llegando a conocer varias lenguas, lo que le permitió prescindir del intérprete en sus audiencias y encuentros con los reyes extranjeros. En suma, su origen alejandrino determinó su admiración por la cultura griega y el saber científico de los orientales, en especial de los egipcios<sup>23</sup>.

La dedicación a los asuntos políticos e intelectuales no hizo a Cleopatra renunciar al cuidado de su cuerpo y aspecto físico. Al parecer, era una mujer muy preocupada por su imagen externa, a la que otorgaba gran importancia en sus apariciones públicas, en las que prestaba gran atención a su indumentaria en lo relacionado con el vestido y los adornos. Usaba ropajes que la igualaban con las diosas Isis o Afrodita, es decir, con el legendario poder de los faraones o con sus ascendientes macedonios o griegos<sup>24</sup>. A pesar de la leyenda, su belleza no debió ser tan espectacular, pues se suele resaltar la superioridad de la poseída por Octavia, una de las esposas de Marco Antonio. Se desconoce como era el color de su piel, pelo y ojos, pero por su origen macedonio podía haber tenido la tez clara y el cabello rubio. Su nariz era grande, como la boca, arqueada, tal y como aparece en algunas monedas, que muestran el marcado carácter griego. Sin duda, era de estatura pequeña, como evidencia la forma en que se presentó ante César, envuelta en una alfombra o fardo de ropa que llevó uno de sus criados. De ella no se ha conservado ninguna escultura, salvo un pequeño busto, y su efigie aparece en un reducido número de piezas numismáticas, en las que no se aprecia su supuesta belleza, sino el excesivo tamaño de su nariz, e incluso su forma ganchuda<sup>25</sup>. Sí se conoce su afán por utilizar cosméticos, costumbre característica de Oriente y luego imitada en Roma. Tras su muerte, se difundió un tratado de cosmética que falsamente se atribuía a la reina o a los productos que ella usaba.

Se ignora quién fue la madre de Cleopatra, pero es seguro el nombre de su padre, Ptolomeo XII *Auletes* o El Flautista, que gustaba identificarse con Dioniso, en lo que debió influir su afición al vino, a la que unía su gusto por la música. Su padre tuvo otros cinco hijos, tres mujeres (Cleopatra VI, Berenice IV y Arsinoe) y dos varones (ambos con el nombre de Ptolomeo)<sup>26</sup>. Al parecer siempre prefirió a

23. A propósito de su esmerada educación y formación cultural, *vid.*, entre otros, E. FLAMARION: *op. cit.*, pp. 32-34.

24. La deificación de los monarcas orientales, y en especial los egipcios, ha sido objeto de numerosos estudios. *Vid.* la interesante reflexión de Ch. FREEMAN: *op. cit.*, p. 280.

25. Dión Casio (XLII, 34, 4-5) alude a su extraordinaria belleza y agradable voz, pero Plutarco (*Antonio*, 27, 2) señala que no era tan hermosa; de éste último, se utilizó la traducción de B. BERIN: *Plutarch's Lives*. Ed. Loeb, Harvard, 1949 y 1959. Respecto a los restos escultóricos y numismáticos de Cleopatra, *vid.*, entre otros, M. GRANT: *Cleopatra...*, pp. 244-245 y E. FANTHAM y otras: «The Hellenistic Period: Women in a Cosmopolitan World» en *Women in the Classical World*. Nueva York, 1995, pp. 136-137.

26. Sobre sus relaciones familiares, *vid.* P. M. MARTIN: *op. cit.*, pp. 3-39.

nuestra Cleopatra, tercera en la sucesión al reino. A pesar de las buenas relaciones que debió mantener con su progenitor, quien acabó nombrándola reina junto a su hermano, Cleopatra, una vez en el trono, se distanció de la política paterna respecto a Roma e intentó retomar la obra de los fundadores de la dinastía ptolemaica, a los que imitó en buen número de comportamientos y actitudes.

### 3. EGIPTO Y LA DINASTÍA PTOLEMAICA

En efecto, Cleopatra no podía emular a las mujeres de los gobernantes del Egipto faraónico, ya que este reino era muy distinto después de la irrupción de Alejandro Magno<sup>27</sup>. El gran conquistador había dominado Egipto y, tras su muerte, lo tomó para sí y para sus descendientes uno de sus más prestigiosos generales, Ptolomeo Lágida, así llamado porque era hijo del macedonio Lagos, y fundador de la dinastía de su nombre. Esta familia controló un reino africano durante tres siglos y lo hizo como stirpe extranjera, lo que revela el hecho de no preocuparse por el aprendizaje de la lengua de sus súbditos. La primera de los Ptolomeos que habló egipcio fue Cleopatra, según afirma Plutarco, lo que, unido a otras actitudes, le granjeó una notable popularidad entre la población nativa<sup>28</sup>.

Los primeros Ptolomeos aprovecharon los enormes recursos de este país, el más rico del Mediterráneo por su próspera agricultura y activo comercio, exigiendo onerosos tributos a su pueblo para mantener una corte de claro tinte oriental, que hacía constante ostentación de lujo y riqueza. Los Lágidas actuaron como generosos mecenas, lo que se manifiesta en las construcciones de Alejandría, y asumieron la costumbre oriental de considerarse dioses en vida; tal y cómo hacía Cleopatra, quien solía presentarse como una encarnación de Afrodita o Isis<sup>29</sup>. La identificación divina y el sentimiento de superioridad sobre cualquier mortal, justificaban la práctica habitual del incesto entre los miembros de la familia gobernante. El rey solía casarse con sus hermanas y la reina asumía la misma dignidad que el esposo. Este protagonismo convirtió a las mujeres ptolemaicas en personajes muy activos en la política y, en concreto, en el nombramiento del sucesor<sup>30</sup>. Las conspiraciones, violencia, asesinatos de hermanos, hijos, padres, etc. fueron una nota común en la historia de la dinastía, en la que los parientes femeninos participaron muy activamente en la toma de decisiones. El refinamiento de algunas crueles per-

27. Una visión sintética de Egipto bajo los Ptolomeos, puede encontrarse en W. TARN - G. T. GRIF-FITH: *op. cit.*, pp. 136-154.

28. *Vid.* especialmente, W. TARN - M. P. CHARLESWORTH: *op. cit.*, pp. 46-48; P. M. MARTIN: *op. cit.*, pp. 251 y 694 y Ch. FREEMAN: *op. cit.*, pp. 281 y 367.

29. Estas asociaciones con las diosas, incluida Deméter, eran muy frecuentes entre las mujeres de la dinastía ptolemaica. *Vid.*, entre otros, E. FANTHAM y otras: *op. cit.*, pp. 151-155.

30. Uno de los pocos momentos de la Antigüedad en el que las mujeres llegaron a reinar coincidió con el período helenístico, cuando se desarrolló la política de las princesas ptolemaicas, como señala E. FANTHAM y otras: *ibid.*, p. 136.

versiones, clara manifestación de la degradación moral de los ptolemaicos, se hizo visible a partir de la cuarta generación. Curiosamente Ptolomeo XII ascendió al poder como hijo ilegítimo de su padre.

La decadencia de los gobernantes ptolemaicos se unió a la expansión romana por el Mediterráneo. Las zonas más ricas y poderosas caían en manos de Roma y parecía que ese sería el destino de Egipto. Cuando el peligro romano era cada vez más amenazante, los Ptolemaicos practicaron la política de la amistad y adulación, e incluso el soborno como hizo el propio padre de Cleopatra para lograr el apoyo de Pompeyo. Con anterioridad, Ptolomeo VIII el Hinchado ya había enseñado su reino a Escipión en el año 139. No obstante, los dirigentes romanos retrasaban la conquista del país africano, pues temían que el futuro gobernador se convirtiese en un personaje demasiado poderoso y peligroso para la República; de ahí, la opción de considerarlo aliado y amigo de Roma, lo que también les permitía aprovecharse de su riqueza y fuerza militar, enviadas en forma de *regalo*. No obstante, en la época de Ptolomeo III, Egipto se había convertido claramente en un estado títere de Roma<sup>31</sup>.

En tales circunstancias asumía Cleopatra el gobierno de su reino, tras desembarazarse de las hermanas que la precedían en tal derecho. De las dos primeras se libró porque ellas habían depuesto a su padre, aprovechando el viaje que éste había hecho a Roma para sobornar a los políticos republicanos —tuvo que entregar 6.000 talentos para mantener su título de rey—. Cuando Ptolomeo *Auletes* regresó, retomó el poder y mandó asesinar a sus hijas, en concreto a Berenice, pues la primera Cleopatra ya había fallecido. Tras su muerte, en el año 51, y como era su voluntad, le sucedieron sus hijos Ptolomeo XIII, de 10 años, y Cleopatra VII, de 18 años, convertida en esposa de éste último<sup>32</sup>.

Las difíciles relaciones entre los hermanos, alentadas por la enemistad entre los consejeros del nuevo rey y Cleopatra, desembocaron en enfrentamientos armados. Las acciones de Aquilas, el militar, Potino, el eunuco y encargado de las finanzas, y Teodoto, el tutor, fueron decisivas en el desencadenamiento de la guerra fratricida. La reina abandonó la capital del reino y se trasladó a Siria, donde preparó su propia fuerza armada; cuando se encontraba en Pelusio, ya en Egipto, se le informó de la presencia de César en Alejandría. La llegada del notable general republicano respondía a la tradicional política de Roma en Oriente; en última instancia, se trataba de controlar los asuntos internos de sus estados vasallos, protegiendo al gobernante que mejor defendiera sus intereses.

31. La decadencia de Egipto se agravó aún más bajo Ptolomeo *Auletes*, cuyo reinado fue un auténtico desastre al acrecentarse la dependencia de Roma. *Vid.* P. M. MARTIN: *op. cit.*, p. 40.

32. P. M. MARTIN (*ibid.*, pp. 42-43 y 66-67) proporciona una detallada información sobre el exilio de Ptolomeo XII y las circunstancias que favorecieron la entronización de Cleopatra. Sobre su reinado, *vid.*, especialmente R. S. BIANCHI y otros: *Cleopatra's Egypt: Age of Ptolemies*. Brooklyn, 1988.

## 4. CÉSAR Y EGIPTO

César llegaba a Egipto sobre todo en persecución de Pompeyo, derrotado en la batalla de *Farsalia*, lo que le convertía en dueño único y absoluto de Roma. Los hechos acontecían en el año 48 y Pompeyo buscó refugio en Egipto, invocando su vieja amistad con el fallecido rey. Mediante un engaño, urdido por los consejeros del hermano de la reina, se le hizo creer que estaría a salvo en el país africano. Ante tales garantías, el hombre vencido en *Farsalia* bajó de su nave, anclada en alta mar cerca de Pelusio, y se trasladó a una pequeña embarcación que se dirigía a la costa. Su esposa permaneció en la galera grande y contempló como se procedía a degollarlo y a despojarlo de su anillo de cónsul. Tal era el presente que el círculo de Ptolomeo quería ofrecer al vencedor César, pretendiendo recibir la aprobación satisfactoria del nuevo jefe de Roma. En tales hechos Cleopatra no había intervenido, y a César le disgustó notablemente que a un noble romano le hubiesen asesinado, de forma vil y cruel, unos bárbaros orientales<sup>33</sup>.

Mientras ésto ocurría, Cleopatra esperaba un encuentro con César, que le permitiese desembarazarse de su odioso hermano y continuar como gobernante, para lo que acabó aprovechándose del malestar generado por el círculo de Ptolomeo XIII. La reina estaba fuera de Alejandría y para llegar a la ciudad sin ser reconocida, urdió la estratagema de esconderse en un regalo que se le ofrecería a César. Tras ser llevada en una barca, se la trasladó oculta por la ciudad, sin levantar sospechas, ya que estaba envuelta en una alfombra o fardo de ropa, y así fue llevada a la presencia de César por un criado de su confianza, Apolodoro<sup>34</sup>. Este episodio inicia la relación política y también amorosa entre el romano y la egipcia, quien le hace ver los errores de la política de Ptolomeo XIII y sus consejeros<sup>35</sup>.

Al parecer César quería imponer la paz entre ambos hermanos y que los dos continuasen gobernando Egipto. Las circunstancias de la muerte de Pompeyo y la influencia de Cleopatra le hicieron cambiar de opinión, hasta el punto de que el dictador romano empleó a sus propios legionarios en la defensa del bando de la reina, dirigiendo durante cinco meses la llamada *Guerra Alejandrina*. En los diversos enfrentamientos y episodios (entre los que figuran el incendio de la flota egipcia, que afectó a la propia biblioteca de Alejandría) los consejeros de Ptolomeo murieron y el propio rey pereció ahogado en un pequeño combate naval en el año 47.

Con el beneplácito de César, Cleopatra continuó siendo reina, para lo que tuvo que desposar a su hermano pequeño, Ptolomeo XIV, al que controló con facilidad;

33. Sobre la muerte de Pompeyo y la airada reacción de César, *vid.*, entre otros, P. M. MARTIN: *op. cit.*, p. 71.

34. La anécdota, que parece ser real, la cuenta Plutarco (*César*, 48). *Vid.* también Dión Casio, XLII, 34, 3-5.

35. César permaneció siete meses en Alejandría. Sobre su estancia y la relación con Cleopatra en este período, *vid.*, sobre todo, M. GRANT: *Cleopatra...*, pp. 61-105; P. M. MARTIN: *op. cit.*, pp. 71-76 y J. LINDSAY: *op. cit.*, pp. 25-113.

este también murió, se dice que asesinado, en el año 44<sup>36</sup>. En esta fecha, sólo había sobrevivido su hermana Arsinoe, encarcelada por el propio César, ya que había pretendido usurpar el reino a Cleopatra, protegida por Roma.

No obstante, su encuentro con César podía tener otros efectos sobre Egipto y su reina. Por primera vez, Cleopatra debió concebir el plan de ampliar su poder, e incluso estudiar las posibilidades de dominar Roma a través de su relación con César. Parecía un modo eficaz de lograr la independencia de su reino respecto a Roma.

Al margen de los intereses políticos, la relación amorosa entre César y Cleopatra resulta incuestionable. Posiblemente y por sus antecedentes fue César quien tomó la iniciativa de seducir a la reina y convertirse en su primer amante. Con posterioridad, Cleopatra demostró habilidad suficiente para retenerlo en su país más tiempo del previsto inicialmente. De todos es sabido que el líder romano era un hombre de hábitos frugales en la comida, pero su bisexualidad y escarceos con mujeres estaban muy difundidos; las coplas de los soldados no lo ocultaban, sino que alardeaban de las costumbres amorosas de su general<sup>37</sup>. En este momento era el hombre más poderoso del Mediterráneo y, sin duda, poseía una personalidad de enorme atractivo. Los datos de su biografía lo muestran como un gran militar y político, intelectual, legislador y clemente con los enemigos, pero también debe recordarse que se proclamó jefe absoluto o dictador.

Gracias a Cleopatra, César recorrió Egipto y tomó conciencia de las enormes riquezas del país, de su cultura y costumbres. En especial, parece que le impresionó gratamente la divinización de los reyes y el establecimiento de un poder dinástico. Tales concepciones chocaban de forma abierta con la mentalidad republicana de un aristócrata romano, pero él había decidido acabar con la república para imponer un régimen personal. Para lograr su objetivo, necesitaba un heredero varón, que nació justamente de su relación de Cleopatra, y fue llamado Cesarión. Cuando este niño vino al mundo en junio del 47, su padre no estaba en Egipto, sino que luchaba en África e intentaba llegar a Roma<sup>38</sup>. Por razones evidentes, el nacimiento de Cesarión se justificó ante los egipcios como fruto de la unión entre César-Amón y Cleopatra-Isis; así, con un origen divino se trataba de encubrir una unión ilegítima y vergonzosa para la reina.

36. Las circunstancias de esta muerte no están claras, pero se sospecha de un plan urdido por Cleopatra, que necesitaba desembarazarse de su hermano y corregente para afianzar su posición y la de su hijo en el trono de Egipto. En septiembre del año 44, Cesarión figura asociado al poder de su madre, por lo que Ptolomeo XIV tuvo que fallecer antes de esta fecha. *Vid.*, entre otros, M. GRANT: *ibid.*, p. 98 y P. M. MARTÍN: *ibid.*, p. 116.

37. Según cuenta Suetonio (*César*, 52, 3), en Roma se decía que el dictador «era el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos». Para *La vida de los Doce Césares*, *vid.* A. RAMÍREZ DE VERGER (introducción) y de R. M. AGUDO CUBAS (traducción), editada por Gredos, Madrid, 1992. En la larga lista de publicaciones sobre la obra y personalidad de César, destacan especialmente las biografías de E. BRADFORD: *Julius Caesar: The Pursuit of Power*. Londres 1984; M. GRANT: *Julius Caesar*. Nueva York, 1992 (Reimpr. de 1969) y CHR. MEIER: *Caesar*. Londres 1995 (Reimpr. de 1982).

38. César abandonó Egipto en mayo y Cesarión debió nacer el 23 de junio del mismo año 44. Sobre su nacimiento, *vid.* P. M. MARTÍN: *op. cit.*, pp. 77-79.

## 5. CLEOPATRA Y SU VIAJE A ROMA

A pesar de que Cleopatra alumbró al heredero ansiado por César, éste nunca lo reconoció como hijo suyo. Tal decisión habría conllevado el divorcio de una noble romana, Calpurnia, con la que el dictador llevaba casado más de diez años sin descendencia. Su sustitución por una oriental, aunque fuese reina, hubiese sido terrible y de funestas consecuencias políticas. No obstante, se ha llegado a decir que César, una vez consolidada su posición en el poder, pretendía imponer una ley en Roma según la cual se admitiría la poligamia; este mecanismo le permitiría legitimar su unión con Cleopatra, por todos conocida, y a su heredero, sin insultar a su esposa romana. Esta información, de dudosa fiabilidad, procede de Suetonio (*César*, 52, 3).

Sin embargo, ni este asunto está aclarado, ni lo están otros planes que realmente hubiese ideado César en relación a Egipto, su reina y Cesarión. La confusión es notable y no se entiende el llamamiento que le hizo a Cleopatra de que visitase Roma, acompañada de su hijo y también de su esposo-hermano, lo que fue aceptado de manera inmediata por la gobernante egipcia<sup>39</sup>. Su llegada a Roma llamaría la atención por la compañía de eunucos, sirvientes, y la exhibición del lujo oriental, pero no fue motivo de espectáculo público. En la capital, se hospedó en la villa privada que César había construido junto al Tíber, vivió retirada y apenas participó en actos oficiales, aunque los datos sobre estos episodios de su vida son demasiado escasos. Se ignora, por ejemplo, si asistió a la extraordinaria celebración de los triunfos militares, acontecida en septiembre del 46, en los que desfilaban encadenados los jefes de los países vencidos, a los que luego se ajusticiaba; el hecho de que figurase Egipto para conmemorar la victoria de la Guerra Alejandrina y la presencia de su propia hermana Arsinoe, así mismo encadenada, a la que se le perdonó la vida, no parece que lo hicieran un acto apropiado para ser visto por Cleopatra<sup>40</sup>.

Como hecho curioso, durante la estancia de la reina en Roma, César inauguró un templo a *Venus Genetrix*, fundadora de su familia, en cuyo interior y junto a la imagen de la diosa romana, colocó una estatua de oro con los rasgos de Cleopatra y vestida como Isis, la Venus egipcia<sup>41</sup>. Tal acto parece mostrar el deseo de deificación por parte del dictador, que se consideraba descendiente de la diosa romana, pero no el matrimonio que tanto ansiaba Cleopatra para consolidar su poder y,

39. Cleopatra parece que permaneció en Roma desde septiembre del 46 hasta abril del 44. Algunos autores consideran que pudo hacer un breve viaje a su reino en el verano del 45. Sobre su presencia en la capital romana, *vid.* M. GRANT: *Cleopatra...*, pp. 83-94 y P. M. MARTIN: *op. cit.*, pp. 82-87.

40. La opinión más generalizada entre los historiadores es que la reina no presenció la ceremonia. *Vid.*, entre otros, M. GRANT: *ibid.*, pp. 85-86 y Ch. FREEMAN: *op. cit.*, p. 369.

41. Apiano (*Guerras Civiles*, II, 102). *Vid.* la introducción y traducción de A. SÁNCHEZ ROYO a la *Historia Romana. Guerras Civiles* de Apiano, editada por Gredos, Madrid, 1985. *Vid.* también, entre otros, G. MACURDY: *op. cit.*, p. 190.

sobre todo, favorecer el legado de Roma a su hijo Cesarión, que también lo era de César.

Este viaje, independientemente de otras valoraciones, nos revela el interés por conocer las costumbres romanas e incluso el deseo de una oriental por occidentalizarse. Para ello, Cleopatra abandonó su reino y permaneció año y medio en Roma —del otoño del 46 a la primavera del 44—, una ciudad que debió decepcionarla, ya que no se la podía comparar con la bella Alejandría. La reina estaba protegida por César, pero supeditada a él, quizá porque esperaba una unión legal, que nunca se produjo. Sólo consiguió que su sabio Sosígenes ayudara a los romanos, y muy eficazmente, en la reforma del calendario.

La muerte del dictador, con 56 años, el 15 de marzo del año 44, truncó momentáneamente los planes, más políticos que personales, de Cleopatra. El asesinato de los *idus* de marzo, pero en especial el conocimiento del testamento de César, en el que nombraba heredero a Octavio, hijo de una sobrina-nieta por parte de su hermana, hicieron comprender a la reina que momentáneamente debía renunciar a su sueño<sup>42</sup>. Su vida y la de su hijo corrían peligro, por lo que debía marcharse a Egipto y esperar el desarrollo de los acontecimientos. Jamás volvió a Roma.

#### 6. MARCO ANTONIO Y SU PRIMER ENCUENTRO CON CLEOPATRA

Los años inmediatos a la muerte de César hicieron renacer de nuevo la guerra civil. Los amigos y partidarios de César persiguieron y derrotaron a sus enemigos, pero mientras recuperaban el control de Roma, también pensaban en quién recogería el legado político del dictador. Las luchas soterradas entre quien era el heredero de sus bienes y se consideró incluso de su poder fue Octavio, pero Marco Antonio albergaba parecidos planes políticos, como lugarteniente de César y persona que había tomado la iniciativa en la persecución de los cesaricidas. Como es sabido, inicialmente, ambos salvaron sus diferencias y decidieron compartir el poder junto con el tercer triunviro llamado Lépido<sup>43</sup>.

Cleopatra observaba la situación, y, al final, tomó partido por los amigos de César cuando comprobó que serían ellos los triunfadores. Les prometió el envío de parte de una flota, que al final no llegó a su destino, pretextando el episodio de una tempestad. Por esta razón, porque Egipto no había ayudado con suficiente contundencia la causa de los cesarianos, Marco Antonio convocó a Cleopatra a la ciudad siria de Tarso, cuando se encontraba allí en el año 41 dispuesto a reorganizar los asuntos de Oriente, mientras que sus colegas permanecían en Occidente.

42. Como es sabido, Atia, la madre de Octavio, era sobrina de César. *Vid.* W. TARN-M. P. CHARLESWORTH: *op. cit.*, p. 8. Sobre la muerte de César y sus efectos en la vida de Cleopatra, *vid.* R. G. BÖHM: «Wo war/wast tat Cleopatra an Iden der März 44», *Gerión*, 3, 1985, pp. 151-155.

43. Sobre este triunvirato y sus repercusiones en la política de Cleopatra, *vid.*, entre otros, P. M. MARTIN: *op. cit.*, p. 105.

Este encuentro de Marco Antonio y Cleopatra ha sido objeto de todo tipo de interpretaciones exageradas, considerándose que entonces se inició la historia de una gran pasión amorosa y la transformación absoluta del militar romano en servidor de la reina. Se ha llegado a afirmar que Marco Antonio se había prendado de Cleopatra cuando la contempló por primera vez en un viaje a Egipto y ella contaba tan sólo catorce años; o que ansiaba dominar a la que había sido compañera del gran César. Sin duda, en Tarso comenzó la unión amorosa entre ambos, cuyo fruto, por cierto muy temprano, fue el nacimiento de sus hijos gemelos, pero inicialmente la llamada a la reina se hizo por razones políticas<sup>44</sup>. No obstante, merece la pena señalar que Cleopatra le mostró a Marco Antonio que ella marcaría la pauta en sus relaciones, al contrario de lo ocurrido con César.

En efecto, Cleopatra se trasladó a Tarso, a instancias de Marco Antonio, pero desde el principio se evidenciaron los planes de la reina. Ella parecía conocer bien el carácter de Marco Antonio, cuyo apoyo deseaba granjearse<sup>45</sup>. Sin duda se trataba de un hombre de rasgos contradictorios, que aparecía como bebedor, mujeriego aunque homosexual en su juventud, derrochador —disponía de una casa en Roma, la perteneciente en su día a Pompeyo, que ningún noble romano quiso ocupar—, pero también poseía coraje, generosidad, una gran curiosidad intelectual, y, sobre todo, era un admirador de las costumbres helenísticas, antes incluso de conocer a Cleopatra, y fruto de su educación en Atenas. Todo ello, pero en especial su filohelenismo, hacían que Marco Antonio gustase de aparecer como un dios, emulando a Dioniso (dios del vino y compañero de Venus); igual había hecho con Hércules, el héroe vinculado a su familia. Quizá porque las comparaciones con César resultan inevitables, se destaca la supuesta debilidad de su carácter, afirmándose que «*se apropiaba de la naturaleza más fuerte que tenía más cerca*», como señala la novelista M. George y también bastantes historiadores. Pero ante todo, no conviene olvidar que su obsesión era relanzar la campaña de la conquista de Oriente, planeada por César, y controlar los asuntos de Oriente en beneficio de Roma, lo que nunca logró.

Precisamente para satisfacer las tendencias filoorientalistas de Marco Antonio, se presentó Cleopatra ante el romano en una barca, emulando a una Afrodita salida del mar y que iba al encuentro de su dios, Dioniso<sup>46</sup>. La indumentaria divina de la

44. Investigadores como CH. FREEMAN (*op. cit.*, p. 374), entre otros, destacan la importancia de los intereses políticos en el primer encuentro de ambos personajes. Una visión detallada de las relaciones entre Marco Antonio y Cleopatra en J. LINDSAY: *op. cit.*, pp. 156-181.

45. Respecto a la personalidad de Antonio, *vid.* P. M. MARTIN: *op. cit.*, pp. 29, 63 y 254. W. TARN - M. P. CHARLESWORTH (*op. cit.*, p. 4, n. 1) lo definen como «*bravo, buen orador, popular con los soldados y generoso*» y R. SYME (*op. cit.*, 277 y 342) destaca su «*talante leal y abierto*» y su «*política inteligente y eficaz*» en Oriente. F. CHAMOUX (*Marc Antoine*. París, 1986, pp. 10-11) añade que la propaganda de Octavio acabó deformando la imagen de Marco Antonio, y de ahí que aparezca como un hombre «*embrutecido por la bebida*» en la obra de Dión Casio (XLVIII, 27, 1). *Vid.* también la biografía de E. GOLZ: *Mark Antony*. Minneapolis, 1978.

46. El grandioso espectáculo que ideó Cleopatra para presentarse ante Marco Antonio es descrito de forma magnífica por Plutarco (*Antonio*, 25, 4-27).



reina, el lujo de la embarcación y el derroche de los banquetes impresionaron sobre manera al entonces triunviro. El la estaba esperando en el foro de la ciudad y se quedó solo, pues sus habitantes se fueron al puerto para contemplar el espectáculo, oír la música, oler el aire impregnado de incienso que emanaba de la barca real y contemplar la imagen de la reina que identificaron con la diosa por su magnífica representación, tal y como narra Plutarco. El primer encuentro y banquete se celebraron en la nave de Cleopatra, es decir en el territorio de la reina, donde la ostentación del lujo tenía como objeto deslumbrar a Marco Antonio y convencerle de que Egipto era el país más rico del mundo.

En los comienzos de esta relación, el general romano tomó conciencia de la necesidad de los ingentes recursos del país egipcio para su empresa oriental, y de ahí la necesaria alianza con Cleopatra<sup>47</sup>. Después de la muerte inesperada del dictador, la reina ptolemaica consideró que Marco Antonio le brindaba la oportunidad de llevar a cabo sus viejas aspiraciones de independencia para Egipto y reconocimiento del papel de Cesarión como hijo legítimo de César. En este momento, sólo consiguió que eliminara a su hermana Arsinoe, recluida en Efeso, y que Marco Antonio se trasladara a Egipto.

En Alejandría, Marco Antonio permaneció más tiempo del prudencial, impregnándose del ambiente helenístico de la ciudad. Precisamente de esta primera estancia en Egipto han surgido las conocidas anécdotas sobre la vida licenciosa de los amantes, quienes se dedicaban a disfrutar de extraordinarios banquetes, de paseos nocturnos por los barrios alejandrinos, y, según se dice, de las orgías. La vida alegre de que gozó esta pareja y sus amigos romanos, les llevó a fomar la hermandad de los *compañeros de inimitable vida*, que con el tiempo se convirtió en *los que mueren juntos*<sup>48</sup>. Con tal comportamiento, Marco Antonio había abandonado por el momento la causa de Oriente, a donde supuestamente había ido para preparar el ataque contra los partos y continuar el proyecto cesariano.

A instancias de sus partidarios, muy numerosos en Roma, Marco Antonio regresó a la capital imperial en el año 40. Se había requerido su presencia para resolver una nueva guerra civil, iniciada por su esposa Fulvia y su hermano Lucio contra Octavio<sup>49</sup>. En el camino se entrevistó con su mujer romana, quien le repro-

47. Para disponer de una visión pormenorizada de la compleja relación entre Marco Antonio y Cleopatra, *vid.* M. GRANT: *Cleopatra...*, pp. 109-181.

48. Tales expresiones fueron acuñadas por Plutarco (*Antonio*, 28, 2). Dión Casio ( XLVII 27, 2 y XLIX, 34, 1) dice que Marco Antonio compartió con Cleopatra «*una vida de lujuria y sin morab*», convirtiéndose en «*un esclavo de la reina*». Respecto a estos episodios, *vid.*, entre otros, P. M. MARTIN: *op. cit.*, pp. 135 y 179.

49. Fulvia fue una de las mujeres más influyentes en la sociedad romana de su tiempo, aprovechando la ventajosa posición de sus poderosos maridos. Sobre su relación con su tercer y último esposo, Marco Antonio, *vid.*, entre otros, D. DELIA: «Fulvia reconsidered» en S. B. POMEROY: *Women's History and Ancient History*. Carolina del Norte, 1991, pp. 197-227 y C. VIRLOUVET: «Fulvia, la pasionaria» en A. FRASCHETTI: *Romma al femminile*. Bari, 1994, pp. 71-94.

chó el carácter de su visita a Egipto y la relación con Cleopatra. Marco Antonio prosiguió su viaje y la dejó en Atenas, donde ella murió poco después, víctima de una enfermedad.

Cuando llegó a Roma, Marco Antonio tuvo que enfrentarse a los juicios de sus seguidores por su actitud en Egipto. No sólo molestaba su aventura amorosa con una egipcia, sino sus evidentes tendencias filohelenísticas, manifiestas en sus identificaciones divinas. De ahí que se le instara a que demostrase su compromiso con los intereses del Estado romano. En este ambiente se agrandaba su rivalidad con Octavio, quien hábilmente estaba consolidando su posición en Occidente. Por todo ello, una vez viudo, no utilizó su nuevo estado para legitimar su unión con Cleopatra, sino para casarse con la hermana de su enemigo político, con el que sellaba una firme alianza.

El matrimonio entre Marco Antonio y la virtuosa y bella matrona Octavia se celebró en las mismas fechas en que nacían sus hijos egipcios, Ptolomeo Helio y Cleopatra Selene, los gemelos que alumbró Cleopatra. Octavia intentó por todos los medios el acercamiento entre el esposo y el hermano, y fue madre de las dos últimas hijas de Antonio. El papel de esposa ejemplar, que representó a la perfección, posiblemente le fuese dictado por su hermano, quien buscaba la contraposición de la virtud y honorabilidad de la esposa romana frente a la ligereza de la amante egipcia<sup>50</sup>.

Cuando parecía que Marco Antonio había olvidado lo ocurrido con Cleopatra, sellando su compromiso con Roma en el Pacto de Tarento del año 37, decidió retomar el plan cesariano de la campaña contra los partos, que él pensaba dirigir<sup>51</sup>. Ello implicaba un nuevo traslado a Oriente y la petición de la ayuda egipcia, absolutamente necesaria para su futura empresa militar.

## 7. EL MATRIMONIO DE CLEOPATRA Y MARCO ANTONIO

A pesar de lo ocurrido, la llamada que Marco Antonio hizo a Cleopatra, esta vez en Antioquía, parecía brindar una nueva oportunidad para que la reina recuperase su proyecto de lograr la independencia de Egipto y legitimar a Cesarión; además, debían tenerse en cuenta los hijos habidos con Marco Antonio. Esta visita beneficiaba sobre todo a la reina egipcia, pero perjudicaba notablemente al triunviro, cuya campaña de descrédito comenzó y creció en Roma a partir de su segundo encuentro con Cleopatra. En la capital imperial no se daban cuenta, aparentemente, de que

50. Los esponsales se celebraron a finales del año 40. A propósito de los inmediatos efectos políticos de esta unión, *vid.* P. M. MARTIN: *op. cit.*, pp. 144-145. Sobre el modelo femenino representado por Octavia, *vid.* R. M. CID LÓPEZ: «Imágenes femeninas en Tácito: las mujeres de la familia de Augusto según los *Annales*» en *Corona Spicea. In Memoriam Cristóbal Rodríguez Alfonso*. Oviedo, 1999, pp. 66-67.

51. Sobre el papel desempeñado por Octavia en este pacto, *vid.* M. W. SINGER: «Octavia's Mediation at Tarentum», *Classical Journal*, 43, 1947, pp. 172-177.

Marco Antonio necesitaba la riqueza egipcia y la ciudad de Alejandría como centro de operaciones para lograr el éxito en su expedición oriental<sup>52</sup>.

Aunque no respondió de manera inmediata a la petición, al final Cleopatra se entrevistó con el romano, ya que Egipto continuaba siendo un país aliado de Roma. En esta ocasión y por las humillaciones sufridas con anterioridad, la reina impuso una serie de condiciones a Marco Antonio previas a la concesión de la ayuda egipcia. El general romano atendió todas las peticiones de Cleopatra, acordándose las famosas *Donaciones de Alejandría* del año 34, que consistieron en el reconocimiento de Cesarión como hijo legítimo y heredero de César; la entrega de territorios romanos en Oriente y África, que pasaban a ser del reino de Egipto; la cesión de la biblioteca de Pérgamo; la aceptación de la paternidad sobre los gemelos y, en especial, el matrimonio con Cleopatra<sup>53</sup>. Este último no se reconoció en Roma, ya que la esposa era extranjera y se celebró a la manera oriental, y, además, no se había producido el divorcio de Octavia.

Una vez aceptadas tales condiciones, que no se plasmaron en un documento formal, Cleopatra mostró su apoyo a Marco Antonio en la conquista de Oriente. Al igual que en otros casos, estos hechos se interpretaron como resultado de la pasión entre los dos personajes, pero, en el fondo, ambos se necesitaban para continuar con sus proyectos particulares. El hecho novedoso que se produce es que a partir de este momento, Marco Antonio se dedicó exclusivamente a su empresa oriental, considerando que una victoria contra los partos consolidaría de forma paralela su poder en Occidente y el éxito habría sido obra romana. De obtener los frutos deseados, el triunfo iba a compartirlo con Cleopatra y no con Octavia. De este encuentro nació luego su tercer y último hijo, Ptolomeo Filadelfo.

Desde la misma Antioquía se planeó la campaña contra los partos, que se inició en el 36 y se reanudó en el 34<sup>54</sup>. La misma Cleopatra acompañó a Marco Antonio en los comienzos de la expedición. Frente a lo previsto, el general romano fracasó en su lucha oriental, no conquistó ningún territorio y perdió un gran número de soldados; la estrategia militar empleada había resultado inapropiada. A pesar del desastre, en el año 34 se celebró un gran triunfo en Alejandría, que imitaba la ceremonia romana, donde se hacían públicos los acuerdos de Antioquía y se reforzaba el poder de la reina y su hijos. Cleopatra y Cesarión fueron nombrados reina y rey de reyes, mientras que se procedía al reparto de territorios en Oriente para los restantes vástagos. Conviene resaltar que en tal reorganización de los estados

52. Las razones, de nuevo políticas más que personales, de esta entrevista son resaltadas, entre otros, por R. SYME: *op. cit.*, p. 329.

53. Algunos autores consideran que el matrimonio pudo celebrarse en el año 34; no obstante a partir del encuentro de Antioquía y en la fecha del 37, Marco Antonio y Cleopatra están representados como monarcas helenísticos en la propaganda numismática. *Vid.* P. M. MARTIN, *op. cit.*, pp. 151-153, W. TARN M. P. CHARLESWORTH: *op. cit.*, p. 83 y J. LINDSAY: *op. cit.*, pp. 271-304.

54. En relación a la campaña parta emprendida por Marco Antonio y su fracaso militar, *vid.*, entre otros, R. SYME: *op. cit.*, p. 329, CH. FREEMAN: *op. cit.*, p. 374 y J. LINDSAY: *ibid.*, pp. 254-270.

orientales, Marco Antonio aparecía como *autocrator* y otorgaba su beneplácito a la nueva situación<sup>55</sup>.

Mientras tanto en Roma y en el año 33, Octavio aprovechó todos los errores de su antiguo colega en el Triunvirato para acrecentar su desprestigio. La lectura pública del testamento de Marco Antonio resultó ser la prueba definitiva de su filo-orientalismo, que se difundía como prueba de traición a Roma. Como última voluntad, el ahora esposo de Cleopatra reconocía a Cesarión como hijo de César (Octavio era entonces un usurpador) y expresaba su voluntad de ser enterrado en Alejandría. La petición formal del divorcio de Octavia, que se hizo también en este año, provocó la guerra<sup>56</sup>.

Aunque Octavio buscaba el enfrentamiento con Marco Antonio, oficialmente se declaró la guerra contra Cleopatra, a la que se acusaba de querer ser la reina de Oriente y dominar el Imperio romano, puesto que ella se había quedado con las provincias dadas por su esposo<sup>57</sup>. En este momento, Marco Antonio estaba preparando una nueva expedición contra los partos, por lo que se encontraba en Efeso, y le acompañaba la reina de Egipto. Tras largos preparativos, el conflicto bélico entre Oriente y Occidente finalizó en la emblemática batalla de *Actium*, al sur de Grecia, en el mes de septiembre del año 31 a.d.C., ocasionando la definitiva derrota del bando oriental<sup>58</sup>. A pesar de las ventajas iniciales de las tropas de Marco Antonio, resultan incomprensibles y desconcertantes sus errores en la organización de los ataques y la defensas. Ante el desastre, primero huyó Cleopatra, a la que siguió su esposo.

55. Sin duda, esta ceremonia manifiesta la progresiva orientalización de Marco Antonio, por su aparición como Dioniso-Osiris emulando a un monarca helenístico. No obstante, sus decisiones también revelan un perfecto conocimiento de la organización más idónea para los territorios de Oriente, que debía basarse en la existencia de estados vasallos y en beneficio de Roma; no se trataba de simples regalos a Egipto o a su reina. El todavía triunviro actuaba como un magistrado romano, que admitía los nombramientos de los nuevos jefes orientales, los cuales, en su mayoría, eran miembros de su familia. En efecto, Cleopatra y Cesarión permanecían en Egipto, mientras sus tres hijos nacidos en Alejandría recibían también generosos regalos; Alejandro Helio se convertía en rey de Armenia, Cleopatra Selene de Libia y Cirenaica y, por último, Ptolomeo Filadelfo de Macedonia. *Vid.* P. M. MARTIN: *op. cit.*, pp. 154 y 180-187 y CH. FREEMAN: *ibid.*, p. 375.

56. Previamente, en el año 35 y a pesar de las acciones de su hermano en contra de Marco Antonio, Octavia viajó a Atenas con el afán de entrevistarse y lograr una imposible reconciliación con su esposo. Este la rechazó con el pretexto de que precisaba la ayuda de Egipto. *Vid.* P. M. MARTIN: *ibid.*, pp. 172-173. Sobre la declaración de la guerra, *vid.* M. REINHOLD: «The Declaration of War against Cleopatra», *Classical Journal*, 77, 1982, pp. 97-103.

57. Al dirigir la guerra contra Cleopatra, se declaraba contra un enemigo extranjero y Octavio la justificaba porque supuestamente ella quería establecer su palacio en el Capitolio e imponer una monarquía oriental en Roma. *Vid.*, entre otros, W. TARN - M. P. CHARLESWORTH: *op. cit.*, p. 123.

58. Sobre la batalla de *Actium* se dispone de una bibliografía abundantísima, para el caso de su influencia en el reino de Egipto, *vid.*, entre otros, J. LINDSAY: *op. cit.*, pp. 333-411, M. GRANT: *Cleopatra...*, pp. 185-232 y P. M. MARTIN: *op. cit.*, pp. 202-232.

Cuando Marco Antonio llegó a Alejandría, se refugió en una pequeña casa junto con dos criados, situada en el pequeño puerto de Paretonio; quizá pensaba en la posibilidad de una recuperación y de otro posible ataque a Octavio. La reina se fue a su palacio y se dedicó a planear la estrategia a seguir en el encuentro seguro, pero que se hizo esperar, con Octavio, el ahora único dueño de Roma y del Mediterráneo. Sus intereses se encaminaban a salvaguardar el futuro de sus hijos y la independencia de su reino, para lo que solicitó ayuda a jefes orientales medos y nabateos. Sabía que su vida corría grave peligro y se informó sobre la forma más indolora y fácil de morir. Estas últimas decisiones la revelan como gran madre y reina, como ha señalado, entre otras, S. Pomeroy<sup>59</sup>.

## 8. LA MUERTE DE LA REINA

Ante las peticiones de Octavio, quien le exigió la entrega de Marco Antonio, ella se negó. No obstante, la reina le preparó una muerte digna, y provocó su suicidio, haciéndole llegar la noticia de que ella se había dado muerte; con ello, Marco Antonio tuvo el valor de clavarse el puñal, tras luchar contra Octavio cuando entró en Egipto. Agonizante, llevaron el cuerpo del antiguo triunviro al mausoleo de Cleopatra, donde se había encerrado con sus tesoros, dispuesta a incendiarlos, si Octavio no atendía sus exigencias relacionadas con Egipto y sus hijos. Tales hechos ocurrían en agosto del año 30<sup>60</sup>.

La reina fue sacada de su mausoleo y Octavio dispuso una extraordinaria vigilancia a su alrededor, ya que deseaba mantenerla con vida para llevarla a Roma, donde la pasearía por las calles en una ceremonia triunfal y luego le daría muerte. Cuando Cleopatra se enteró, intentó poner a salvo la vida de su hijo Cesarión, que envió a Arabia o la India; luego sería asesinado, por traición de su tutor. El resto de sus hijos ya no resultaban tan peligrosos. En tiempos posteriores, sólo se tiene información de lo ocurrido a Cleopatra Selene, que se casó con Juba, el rey de Mauritania<sup>61</sup>.

Tras asumir que no podría conservar su vida, Cleopatra consiguió burlar a los guardianes de Octavio, fue a su mausoleo y allí tras vestirse con el atuendo digno de una reina egipcia, combinando símbolos faráonicos y macedonios, se dio muerte. Eligió el veneno de la aspid, ya que la muerte por su mordedura provoca

59. S. POMEROY: *op. cit.*, p. 28.

60. Antes de morir, Marco Antonio le pidió a Octavio que le perdonase la vida y ser un simple ciudadano, también se ofrecía a darse muerte si ello servía para salvar a Cleopatra. La respuesta del vencedor de *Actium* fue destruir todas las imágenes del esposo de la reina egipcia para borrar su memoria. *Vid.* P. M. MARTIN: *op. cit.*, pp. 241 y 244-245.

61. Los tres hijos de Marco Antonio y Cleopatra fueron expuestos como prisioneros en el desfile de la ceremonia triunfal que Octavio celebró luego en Roma, en la que conmemoró su triunfo sobre Egipto. La ausencia de información sobre la vida posterior de los varones hace pensar que quizá se procedió a su asesinato. *Vid.* W. TARN - M. P. CHARLESWORTH: *op. cit.*, p. 140.

un final rápido y sin apenas sufrimiento<sup>62</sup>. Aunque, más probablemente, la elección de esta serpiente se relacionaba con el hecho de que figuraba grabada en la corona de los faraones para defenderlos de sus enemigos; es decir, era el símbolo del Egipto faraónico. Sus criadas Carmión e Iras la acompañaban y la depositaron en un lecho de oro sobre el sarcófago, disponiendo su cadáver e imagen real; ambas también perecieron después. Fue Olimpo, su médico, quien recopiló todos estos detalles en narraciones legadas para la posteridad y recogidas por Plutarco.

Así moría Cleopatra, como una gran reina oriental y mujer poderosa, que había sido capaz de enfrentarse al Imperio Romano. Sin duda, había sido una típica gobernante ptolemaica con los vicios, virtudes y defectos propios de su familia<sup>63</sup>. Como muestra de benevolencia, Octavio consintió en respetar la voluntad de que ella y su esposo permaneciesen juntos en la muerte, compartiendo la misma tumba<sup>64</sup>. Curiosamente, la lectura de este deseo expresado por Marco Antonio y plasmado en su testamento había provocado su descrédito e infortunio entre los romanos, desencadenando la última Guerra Civil de la República romana.

Aleandría albergaba así los mausoleos de personajes extraordinarios, Alejandro Magno y una de las que decía ser su sucesora, Cleopatra, junto a su esposo. Los monumentos no han sido localizados, pero la memoria de estos personajes causó tal impacto, que veinte siglos más tarde aún siguen siendo objeto de apasionadas versiones históricas y literarias.

Si Alejandro fue calificado de Magno por la creación de un Imperio Univeral y por su afán de unir las culturas griegas y orientales, Cleopatra dedicó su vida a mantener tales concepciones. Curiosamente, el primero gozó de enorme prestigio en la sociedad romana y los propios emperadores intentaron emularle<sup>65</sup>. Siempre se le consideró un modelo y sus acciones no habían supuesto ningún peligro para Roma, pero durante el reinado de Cleopatra, la situación de Oriente había cambiado de forma radical, ya que estos territorios estaban supeditados, en mayor o menor grado, a la autoridad romana.

En estas circunstancias, Cleopatra intentó luchar para preservar la independencia de su reino y se equivocó al pensar que podía vencer a Roma. Su popula-

62. La atribución de la muerte al veneno de aspid es referida por Suetonio (*Augusto* 17, 4). Sobre el final de Cleopatra, *vid.*, entre otros, S. POMEROY: *op. cit.*, pp. 28 y 180, n. 107.

63. Muy acertadamente, G. MACURDY: *op. cit.*, p. 222 dice de Cleopatra que «no fue un modelo de virtudes, pero tampoco un cúmulo de imperfecciones (...) fue una ptolemaica con los méritos y los defectos propios de su raza».

64. El gesto de Cleopatra como suplicante de Augusto para conseguir que la enterrara junto a Marco Antonio, se debió a que «quizá le amó muerto, mientras que no lo había amado en vida», como afirman W. TARN - M. P. CHARLESWORTH: *op. cit.*, p. 138. Tal frase podría resultar adecuada para una obra de literatura de ficción, pero no para investigadores que deberían entender el significado y las circunstancias del final de la reina oriental.

65. Sobre la admiración romana hacia Alejandro Magno y el contraste con la actitud hostil frente a Cleopatra, *vid.* S. POMEROY: *Diosas, ramera, esposas y esclavas. Mujeres en la Antigüedad clásica*. Madrid, 1987 (1, ed. inglesa, 1975), p. 252.

ridad entre las poblaciones de Egipto y no sólo de Alejandría, revelan que efectivamente había sido una extraordinaria Ptolemaica, querida y admirada por su pueblo. Su memoria fue honrada durante siglos por los egipcios, porque ellos sí que entendieron las actitudes y comportamientos de una mujer que ante todo quiso reinar, pero haciéndolo en un estado libre de la presencia romana.